

nominación política de izquierda. Se trata, en definitiva, de una explicación profunda pero que pasa en limpio las ideas fundamentales, una reconstrucción que permite una mirada amplia y concreta sin perder de vista la complejidad del problema.

Maira Cristiá
(EHESS, Francia)

*A propósito de Elisa Calabrese y Aymará de Llano, **Animales fabulosos. Las revistas de Abelardo Castillo**, Mar del Plata, Martín, 2006, 288 pp.*

Animales fabulosos, el libro editado por Elisa Calabrese y Aymará de Llano, que además contiene ensayos de Mariela Blanco, Evangelina Aguilera, Carlos Aletto, Juan Pablo Neyret, Lucas Rimoldi y Elena Stapich, aborda las revistas editadas por Abelardo Castillo: **El Grillo de Papel** (1959-1960), **El Escarabajo de Oro** (1961-1974) y **El Ornitorrinco** (1977-1986). El libro viene acompañado de una extraordinaria compilación en CD, que reproduce la totalidad de las revistas. Dicho CD resulta no sólo valioso en sí mismo, sino necesario para cualquier estudio que se quiera emprender sobre las publicaciones, dado que las revistas de Abelardo Castillo, al menos las dos primeras, resultan muy difíciles de hallar (una colección completa y microfilmada de las tres revistas también puede consultarse en el CeDInCI).

Podríamos afirmar que **Animales fabulosos** bien viene a sumarse, junto al libro de Claudia Gilman **La pluma y el fusil**, y el libro de José Luis de Diego **¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?**, por citar sólo dos, a una amplia producción académica que reflexiona sobre las revistas culturales argentinas y latinoamericanas de las últimas décadas. Sin embargo, la particularidad de **Animales fabulosos**, y de allí su valor, consiste en dedicar la totalidad de los ensayos a las revistas de Castillo.

Su edición, sin embargo, y pese a la abundancia citada en el párrafo anterior, pone de manifiesto la ausencia de una mirada crítica integradora sobre una publicación extremadamente relevante para el campo cultural argentino de los años sesenta y

setenta. Ha excepción de algunas menciones de José Luis de Diego, que focaliza en la tercer revista de Castillo, **El Ornitorrinco**, y de las menciones de Claudia Gilman, que utiliza las dos primeras publicaciones, la crítica académica se ha mostrado esquiva con las publicaciones de Castillo. No ha sucedido lo mismo con la revista **Los Libros** o con la revista **Literal** y ello quizá se deba a la lectura y difusión del ideario estructuralista y postestructuralista de estas revistas, ideario hegemónico en las ciencias sociales y humanas a partir de los años ochenta, que relegó al desván de los trastos inútiles la noción de compromiso sartreano, uno de los ejes más potentes de las dos primeras revistas de Castillo. En este sentido, **Animales fabulosos** resulta sintomática de un olvido crítico y a partir de ese olvido, se propone reconstruir una memoria exhaustiva, revista a revista, sección por sección, como veremos a continuación.

Los ensayos de Elisa Calabrese "Animales fabulosos: Un proyecto cultural comprometido" y de Aymará de Llanos "Arte, ciencia y revolución", al comienzo del libro abordan la relación de las revistas de Castillo con la literatura argentina y latinoamericana. Y al mismo tiempo producen la mirada más abarcativa y analítica del libro, puntualizando los modos de intervención de las revistas en el campo cultural y en el escenario político. Calabrese y de Llanos establecen tres grandes ejes temáticos y estratégicos para las revistas: el concepto de compromiso sartreano durante los años sesenta, la toma de posición frente al peronismo durante los años setenta, la resistencia frente a la dictadura a partir del 76.

El resto de los ensayos enfocan de un modo segmentado los modos de intervención. Así, el ensayo de Mariela Blanco "El Grillo de Papel, El Escarabajo de Oro y El Ornitorrinco. Espacios de definición de lo poético" y el de Evangelina Aguilera "Poesía del observatorio. La relación arte/vida en las revistas" se centran en el espacio concedido a la poesía dentro de las tres revistas. Mientras que el ensayo de Carlos Aletto "De películas y revistas" aborda la crítica cinematográfica y el de Lucas Rimoldi "El teatro de apertura a lo nuevo y de discusión estético-ideológica" se dedica al teatro. Juan Pablo Neyret

aborda las entrevistas realizadas en su ensayo "Voces del pasado. Las entrevistas en las revistas de Abelardo Castillo" y Elena Stapich recupera las misceláneas en su ensayo "Misceláneas. Pequeños textos/grandes polémicas".

La decisión de abordar por un lado las tres revistas como una totalidad, pero al mismo segmentar los abordajes teniendo en cuenta las secciones que las componían —y aun dentro de las secciones, estableciendo distinciones genéricas: prosa y poesía, prosa argentina y prosa latinoamericana—, constituye un acierto metodológico, pues más que homogeneizar el objeto de estudio permite que afloren las tensiones y la diversidad que toda revista cultural posee en su interior. Ello se evidencia en todos los ensayos pero aparece con especial claridad en los ensayos dedicados a la poesía. El ensayo de Evangelina Aguilera, por ejemplo, nos muestra las líneas poéticas que atravesaron las revistas: la poesía realista y social y la poesía *beat*; y las transformaciones que se fueron dando en cada una de ellas. Aguilera sostiene que a diferencia de sus antecesoras, es decir de **El grillo de papel** y **El escarabajo de oro**, **El Ornitorrinco** apostó, en términos generales, a una poesía con una fuerte carga de ruptura semántica y conceptual.

Si bien, algunos de los ensayos de los colaboradores requerirían una aproximación más crítica y analítica, su carácter descriptivo posibilita una nueva mirada sobre aquellos objetos. La notable variedad de nombres y estéticas que atraviesan las secciones de cine, teatro o literatura demuestran la proliferación de intereses que animaron las tres revistas, su productividad cultural y los modos en que se tejían filiaciones culturales y literarias, muchas veces contradictorias entre sí. En este sentido, el exhaustivo, y muy útil, índice final, permite comprobar esa proliferación. Junto a los 25 artículos referidos a Jean Paul Sartre publicados por las revistas de Castillo, que incluyeron ensayos y entrevistas al filósofo, conviven poemas del poeta emblema de la *beat generation* Allen Ginsberg, reseñas sobre films de Jean Luc Godard o artículos sobre Roland Barthes.

¿Cuál es la significación y la riqueza de esas “contradicciones”? Que una revista no es nunca un conjunto homogéneo de opiniones, sino un tejido de voces muchas veces contrapuestas. Pero además de ello, y este será uno de los aportes más sustanciales de **Animales fabulosos**, aquella multiplicidad enunciativa y temática permitirá construir nuevos mapas, mucho más complejos en el estudio de las revistas culturales argentinas, en los que no nos resulte una tarea sencilla colocar a los sartreanos de un lado y a los estructuralistas de otro. El conjunto de ensayos que componen **Animales fabulosos** contribuye a que imaginemos las huellas de Sartre allí donde imperaba Lacan y las marcas de Barthes allí donde se proclamaba el compromiso sartreano.

Mario Cámara
(UBA)

A propósito de Ana Longoni, **Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión**, Buenos Aires, Norma, 2007, 220 pp.

1. La tesis central de **Traiciones** sostiene que existió la literatura que lejos de delimitar un campo de indagación productivo para reflexionar acerca de las tragedias de nuestro pasado reciente, contribuyó más bien a reforzar y a expandir prejuicios bien dudosos, en especial, el que identifica la figura del sobreviviente con la del traidor. Tal es el caso de **Recuerdo de la muerte**, de Miguel Bonasso, **El fin de la historia**, de Liliana Heker, y **Los compañeros**, de Rolo Díez, aunque en relación con esta última novela no es difícil apreciar las dificultades que Longoni tiene para incluirla en esta saga (en efecto, la obra de Rolo Díez, que en las páginas iniciales de **Traiciones** había sido condenada por “hacerse eco del culto al héroe”, es reivindicada en los últimos párrafos del libro como una opción éticamente superior en relación con las novelas de Bonasso y Heker, ya que su final podría ser interpretado, según la autora, como la puesta en escena del derrumbamiento del narrador que antes era capaz de estigmatizar al sobreviviente).

Sin embargo, y para ser más precisos, Longoni no está dispuesta a leer estas novelas como textos específicamen-

te literarios, sino como discursos cuya construcción suponen una deliberada o al menos incontrolada ambigüedad entre la ficción y el uso de las voces que testimonian los suplicios del campo. Si ello así ocurre es porque los autores de estos relatos refuerzan la autoridad de su voz o bien asegurando estar apenas novelando unos hechos “rigurosamente ciertos” (es el caso de **Recuerdo de la muerte**), o bien dando forma a una ficción que se nutre de demasiados hechos conocidos como para no creer que quiere ganar verosimilitud simplemente haciendo uso de su eficacia literaria (es el caso de **El fin de la historia**). Aunque por distintas vías, en ambos casos la indefinición entre la literatura y el registro de los hechos no impide que esos relatos reclamen para sí una veracidad que de ser alcanzada sería al precio de una identificación plena entre el lector y el narrador, identificación que Longoni, colocándose como la lectora indeseada de estos textos, pretende precisamente interrumpir, puesto que de ser aceptada el lector se privaría de asumir, o al menos tomar en cuenta, la perspectiva del sobreviviente.

No basta según la autora de **Traiciones** con un análisis textual y paratextual de esas novelas para entender por qué ellas renuncian a asumir dicha perspectiva, sino que es necesario ahondar en las razones que hicieron que la voz del sobreviviente se convirtiera en una voz inaudible. ¿Cuáles son esas razones? Longoni las resume en cinco tesis que deja aparecer al comienzo del libro: en primer lugar, la voz del sobreviviente resultaba inaudible porque atestiguaba que los detenidos no aparecerían con vida; en segundo lugar, ya en tiempo presente, porque el sobreviviente estorba, “en ciertos ámbitos militantes” el mito del desaparecido como mártir y héroe; en tercer lugar, porque el sobreviviente obliga a repensar la experiencia del campo con otras categorías que no pueden ser ya las de la guerra; en cuarto lugar, porque poner en duda estas categorías implicaría a su vez establecer un balance demasiado crítico con la experiencia de las organizaciones revolucionarias que el que están dispuestos a hacer muchos de quienes se sienten parte de esa experiencia y, por último, porque lo que la voz del sobreviviente manifiesta es

que la experiencia de las organizaciones armadas revolucionarias ha concluido en una derrota inapelable. De modo que si las novelas antes mencionadas consagraron, o al menos difundieron una imagen preestablecida del sobreviviente como traidor, ello se debe a que no han querido o sabido efectuar un balance crítico de la experiencia política de las vanguardias revolucionarias de los años setenta. Éste es el núcleo de la tesis bien polémica que Ana Longoni presenta en **Traiciones**.

2. Uno de los primeros interrogantes que plantea la lectura global del libro es precisamente saber cuál es el alcance de la tesis que acabamos de enunciar. Porque si en la “Introducción” Longoni parece inclinada a afirmar, a partir de las polémicas declaraciones de Hebe de Bonafini a propósito de la desaparición de Julio López, que ellas ejemplifican cabalmente cómo la estigmatización del sobreviviente recorre todo el cuerpo social (“[dichas declaraciones reflejan] la persistencia del extendido, casi diría naturalizado, halo de sospecha sobre los sobrevivientes, por el cual un desaparecido que reaparece se transforma automáticamente en un traidor”), más adelante, sin embargo, la autora parece moderar el alcance de la tesis y circunscribir su estigmatización a determinados círculos militantes, cuando afirma que “los relatos de los sobrevivientes estorban —en ciertos ámbitos militantes— la construcción del mito incólume del desaparecido como mártir o héroe” (todos los subrayados son nuestros).

Sin embargo, no parece que la estigmatización del sobreviviente como traidor recorra de manera extendida el cuerpo social y a favor de ese bloqueo trabaja paradójicamente a mi entender esa lente sumamente persuasiva para amplios sectores sociales que ofrece la “teoría de los dos demonios” (o en su variante “progresista”, la del único demonio, esto es, la Junta Militar), que no sólo desalienta indagar qué tipo de responsabilidades tuvieron esos mismos sectores en el desenlace de la tragedia, sino también qué tipo de actuación mantuvo el sobreviviente en el campo como para responsabilizarlo de la derrota: el poder “demoníaco-militar”, en algunas lecturas acompañado por la defección de las cúpulas montoneras —ellas sí verdaderamente traidoras para